

LOS TRES BOTONES

Una araña grande, muerta, con las patas encogidas y envuelta en pelusas del polvo.

Debajo del sofá un envoltorio de plástico transparente, más pelusas, un botón violeta de tamaño mediano.

Sigo moviendo muebles y encuentro un botón rojo, tampoco es del tamaño de los de camisa, ni tan grande como los de abrigo. Quién puede haber estado aquí con una prenda que lleve estos botones...

Se escuchan truenos lejanos y el rumor de la lluvia que crece, otro mueble y otro botón rojo, igual, del mismo tamaño poco usual, no sé, esta primavera está siendo especialmente tormentosa, cuánto tiempo llevan estos botones, ¿serán de abrigos de niños?, o quizá de muñecas...

¡¡¡Rinnnnng!!! me sobresalta el timbre de la puerta, suelto la escoba, voy rápido y abro sin preguntar.

Y allí estás tú, con los hombros encogidos, mirándome desde abajo, con tus ojos bien grandes, dejándote que te los mire, el pelo mojado, las manos asomando los dedos bajo el impermeable, agarras un paraguas desvencijado en una, en la otra el asa de una pequeña maleta de ruedas. De nuevo tus ojos con más brillo que las lámparas que lucen en la noche.

Hipnóticos. Tu boca blanda. Tus ojos.

Y apenas puede la tormenta detrás tuyo -con los relámpagos y el ruido de la lluvia- competir con los latidos abiertos de mi corazón henchido.